

La reforma estructural inaplazable

En las vacaciones cambias de ambiente, te reencuentras con viejos amigos, viven en otras ciudades, se dedican a otras profesiones, los hay ya jubilados, incluso alguno en paro, pero esta heterogeneidad, ahora, no supone ningún cambio sustancial en la esencia de las conversaciones, permanece el mismo tema de la rutina laboral, la crisis. Ya llevamos 4 años; fue predecible, menos previsible su dimensión y su duración.

Durante estos 4 años, ha ido cambiando la opinión sobre quiénes son los culpables. Al principio fueron los constructores y los banqueros, codiciosos sin límites, que nos engañaron, atrayéndonos a un festín de riquezas y propiedades. Después, progresó la conciencia de alguna culpa en todos: las ambiciones, evolucionadas a codicia, que alimentaron la situación. Este verano, el protagonismo en el origen y en la falta de evolución de la crisis se ha centrado en la clase política. Fueron ellos los que fomentaron este comportamiento social, ideal para el “negocio político”. Disponían de grandes recursos, los de los impuestos, que crecían con el recalentamiento de la economía; planificaban con ellos excelsas obras y actividades, las de más valor añadido a sus intereses: servían a su propaganda, les aseguraba la reelección, les permitía crear más empleos, los que otorgaban, como favor, a familiares, amigos y correligionarios; les proporcionaba también muchas comisiones ocultas (...y de lo mío, ¿Qué?). Se emborracharon de “poder”, perdieron la vergüenza, se desnudaron de cualquier ética y, ahora, a castigar a los demás, ¡esos ciudadanos irresponsables, culpables, que vivían por encima de sus posibilidades!, en tanto ellos no quieren, ni saben, ni pueden abandonar sus abusos. Esperan que el sacrificio de los demás, permita que la situación escampe y ellos puedan seguir igual.

La necesidad de cambios estructurales es la cantinela repetida por algunos políticos: Los que estuvieron u ostentan el poder, pero solo la reforma laboral, los castigos a los funcionarios, el copago y las prestaciones sociales se han visto afectadas. ¿No hay nada más?

Hace unos días, repasé parte de la legislación que organiza la sanidad de nuestra comunidad, la que era ejemplo y paradigma del buen hacer de los políticos, la que regentan en exclusiva desde hace más de 17 años, y es una poesía vulgar. Estas leyes consiguen una rima perfecta para vertebrar una organización confusa y funcionalmente ineficaz que, con la creación de numerosas y opacas estructuras, se nutre de muchos cargos políticos, de etiquetas rimbombantes (les gustan), de sueldos sustanciosos, en el que, bajo una indisimulable voluntad única (como en las dictaduras), finge ser una organización transparente y participativa, pero siempre son los mismos, ramas del tronco común del que dependen, así la ineficacia, la arbitrariedad y la corrupción pueden crecer, legalmente, sin límites. Es la organización que ha provocado la Gürtel, Emarsa, Brugal, Noos, Cooperación... Consellerías, empresas públicas, consorcios, fundaciones... siguen bebiendo de ese manantial.

Es aquí donde hay que hacer el cambio estructural necesario para salir de la crisis. Lo saben, pero no pueden cambiar. ¿A quién quitar? Son todos lo mismo, complicés. Los votos, los del engaño, les legitiman en el poder, pero si les queda algún rescoldo de ética se deben de marchar. Todos.

José J Santonja Lucas

Profesor de la Universitat de Valencia

Publicado en el Levante-EMV el 19/09/12

El último párrafo fue censurado en la publicación